

# CIUDAD – Centro de Investigaciones Ecuador

## EL HUMOR DE LOS QUITEÑOS

Nicolás Kingman

Mucho se ha dicho y poderado, pero poco se ha escrito, acerca del humor e ingeniosidad del quiteño. Del que nació quiteño o del que, provincano, asimiló actitudes, usos y resabios de aquel que por tradición fue propenso a la risa, al chiste y a la sátira y que, con personalidad y sello propios, los hizo parte de su estilo y forma de ser habituales. Con el decurrir del tiempo, la llamada "sal quiteña" se ha mitificado y no hay quien no se sienta un tanto dueño de esa especie de don que ha sido privilegio de pocos y patrimonio de todos. Pero no obstante el panegírico y los alardes sobre su originalidad, cabe preguntar en qué consistió o consiste (caso de aún existir) ese atributo del habitante de estas altas latitudes.

En alguna ocasión me referí a lo que sobre este tema acotaba Benjamín Carrión, y ahora tiene que perdonárseme por insistir en ello, porque sus conceptos (que no fueron polémicos) cobran actualidad cuando graciosos "espontáneos", sin una pizca de humorismo, suelen atormentarnos con sus chistes desde las pantallas de televisión o también en el caso de ciertos rotativos (medios, según el nuevo léxico), que con un sofisticado afán jocoso han hecho del chiste una rutina rebuscada y empalagosa y lo han vuelto ascético y desabrido, en vez de gracioso, ajeno al clásico l'esprit citadino. Creía Carrión que Quito, ciudad austera, trascendente, pensativa, más nostálgica que alegre, no tenía propensión al chiste por su mestizaje humano y su panorama agreste de urbe asentada entre los pliegues rugosos de la catástrofe andina. Y puede ser así. Puede ser que en lo íntimo del ciudadano no haya humor, sino tedio y quizás mucho de frustración y amargura. Tedio y no spleen a lo inglés, a lo Oscar Wilde, que imprimió un sentido del humor refinado y esteticista en las postrimerías de la era victoriana. Tedio también en cuanto a la insatisfacción y al deseo de evadirse de un medio pacato y mezquino, lleno de prejuicios y discriminaciones sociales. Y frustración ante la realidad de un universo limitado y evanescente, donde todo marchaba a un mismo compás lento, sincrónico, y se volvía inaccesible a una clase media preterida y relegada que, en definitiva, era la sustentadora de aquel humorismo amargo y patético que la tipificaba.

Me estoy refiriendo, claro está, a una época. A una etapa en la cual la ciudad aún no adquiría los contornos de urbe metropolitana y en la que la vida era cadenciosa, burocrática y provinciana. Cuando aún se trajinaba en tranvía y viajar al extranjero era una aventura marítima que obligaba al errabundo a testar, a exigencia de sus herederos.

La imagen del chulla quiteño ha quedado grabada en los intersticios de la antigua ciudad (de la que ahora sólo parece haber cambiado de inquilinos), en los ecos rumorosos de los portales de la Plaza Grande y en el hueco de las tabernas. ¿Fue acaso el chulla el producto paradójico de esa sociedad ambigua y cicatera que mediatizaba a quienes no procedían de la casta de terratenientes y de las viejas familias que ostentaban un supuesto abolengo? Figura paradigmática la de aquel que por su industrioso ingenio adquirió renombre en el ámbito local y trascendió en lo nacional. Pinturero, dicharachero, socarrón y ladino; irreverente y audaz, buscó quizás sin encontrarla, una vía de escape y su inopia y desesperanza usando y abusando del recurso humorístico como fuente distintiva de su personalidad y de su existencia fluctuante entre una bohemia desarreglada y un burocratismo sin figuración, subordinado a los vaivenes de la política y a los repentinos cambios de gobierno.

El vocable **chulla** en idioma quichua significa imparidad, o sea que se aplica a todo lo que es indivisible, solo, único y que no forma pareja. Los filósofos y los quichuistas sabrán decirnos si de ahí se deriva este adjetivo con el que se conocía (¿se conoce aún?) a este personaje arquetipo producto de los estratos medios pauperizados. Pero el verdadero sentido que se le daba a la palabra no era encomiástico, y por el contrario, tenía mucho de despectivo, ya que más aludía a su pobreza que a su individualismo e ingeniosidades. De ahí que aquello de chulla **leva sin calé** contenía una intención peyorativa con la que se trataba de poner en evidencia la poca consideración que merecía por parte de quienes presumían de potentados.

Vienen estas disquisiciones sobre el chulla quiteño, acaso ya inexistente, porque de él se añora su indudable vena humorística, su comicidad y hasta su oportunismo. Su figura se volvió legendaria; se lo ensalzó, se le hicieron canciones y su vida dispendiosa y paradójica fue llevada a la novela. Pero no todo lo que de él se ha dicho excluye a otros elementos representativos de las demás capas sociales que llegaron a configurar un estilo propio -quiteño- en cuanto al constante ejercicio de la ironía, la sátira y la parodia.

En el pueblo es todavía posible encontrar una cierta actitud sardónica y mordaz, no ausente de gracejo, con la que suele hacer fisga de los que le son ajenos. El lenguaje de las vivanderas, su manera de expresarse entre agresiva y burlona cuando fingen aceptar una rebaja en el precio de sus vituallas empleando el consabido **también le daré yapando mi bonita**, es a no dudarlo un tono de humor mordaz, no exento de ironía. El artesano, el obrero y hasta el taxista, usan asimismo de un sonsonete asaz despectivo y zumbón al dirigirse a aquellos con quienes se ven obligados a guardar distancia. Ese titular de "caballerito" o de "jefecito" a quienes intuitivamente considera no merecedores de ese trato, bien puede ser parte de su predisposición al equívoco sutil y chancero.

En determinados sectores de la burguesía culta, el humor en cambio ha tenido un acento elitista y excluyente. A diferencia de la clase media que suele hacer mofa de sus propias desgracias, por ser la más receptiva e inconforme, su tendencia ha sido la de satirizar con acritud en detrimento de todo lo que no pertenece a sus círculos.

En el quiteño del tiempo de los mentideros del Portal de Salinas, el chiste aflora diariamente y es incisivo, acerado y demoledor. Bajo sus arquerías se formaban corrillos para murmurar del prójimo o comentar de política, las diferencias sociales se nivelaban y hasta el discriminado chulla entraba a competir con sus desplantes y agudezas, volviéndose imprescindible su presencia. De esos conciliábulos saldrían las "bolas" que habrían de acelerar la caída del gobierno a quien iban dedicadas burlas y acrimonias.

Porque ese humos que trascendió lo local y adquirió fama, brotaba de manera espontánea en las tertulias y nada tenía que ver con el chascarrillo chabacano o la historieta erótica tan arraigada en el vulgo y en las áreas populares de todas partes. Mas bien consistía en el exabrupto y la **boutade** dichos con oportunidad y a contrapelo. El cuento humorístico que nos es peculiar y que denominamos **cacho**, de gran acogida y difusión, más bien es de carácter costumbrista y se fabula para ridiculizar al provinciano (al **chagra** o en su caso al **mono**, cuando tiene intenciones regionalistas) parodiando sus maneras y sus usos dialectales. En esta virtud, por lo general está ausente de lubricidad y pornografía.

Otra de las manifestaciones de alegría del pueblo quiteño fueron las mascaradas de "inocentes". Comparsas disfrazadas de lo inimaginable danzaban en calles y plazas con un regocijo desbordante, pero la figura más popular era la del payaso porque solía recitar y cantar coplas y seguidillas de satírica intención. Enjambres de muchachos lo seguían por las empinadas calles coreando un estribillo burlón de **payaso que no valís/al diablo te parecís** hasta que el **clown** accediera a darles la llamada "lección" consistente en una copia picaresca como ésta:

Las mujeres de este tiempo  
son como el alacrán,  
al ver al hombre sin plata,  
alzan la cola y se van.

A grandes rasgos y con inocultables deficiencias, he tratado de definir algunas de las facetas del humor de los quiteños. Ocasión habrá para hablar de los intelectuales, de los escritores y artistas, de los comerciantes y sobre todo de los caricaturistas, que por generaciones han sido actores, testigos e intérpretes del espíritu de la ciudad y de su idiosincracia, ya que pese a sus cambios y transformaciones, la risa (como dice un autor) sigue siendo para ella un asunto muy

serio.

Tomado del libro "Las ciudades en la historia". Eduardo Kingman Garcés -Coordinador. Editado por CIUDAD, CONUEP Y la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Central. Quito - Ecuador 1989.

## **LOS RETOS DE LA PARTICIPACION 1**

**Humberto Vargas R.**

En Bolivia, se respiran aires nuevos, hay cambios importantes. A partir del presente año en el marco de un proceso de ajustes estructurales, con un discurso modernizador que intenta poner al país a la altura de las nuevas condiciones exigidas por la globalización, el nuevo gobierno se ha puesto en la tarea de modificar el papel del Estado. Para ello, ha promulgado nuevas Leyes como: la Ley de Ministerios, que modifica la estructura del Gobierno Central, la Ley de Capitalización que sustituye, con innovaciones, el proceso de privatización iniciado por el anterior gobierno; acompañan a este proceso la Ley de Reforma Educativa, que busca dar un giro importante en la formación de capacidades humanas y finalmente la Ley de Participación Popular que transforman el escenario del Estado y de la Gestión Pública. En el presente artículo, nos referiremos a la última, no sólo por su importancia en la gestión local, sino también por las transformaciones que de ella se derivarán.

En razón a ello, partiremos de una revisión somera del concepto de participación, para después analizar algunos aspectos de la Ley que demandan por un lado, nuevos retos tanto para los gobiernos locales como para la sociedad civil y por otro, algunos posibles problemas que derivarán de su aplicación.

### **PARTICIPACION ¿A DONDE VAS ?**

El concepto de la participación, lamentablemente, está muy cargado de diversos estigmas que no ha podido liberarse hasta ahora y en efecto hay quienes han utilizado la "participación" como algo funcional al partido político, con un sentido de acumulación partidaria; en él, se trata de cooptar al ciudadano o adormecer a las organizaciones, mediante el intercambio de favores y haciéndoles creer que participan en las decisiones. Sin embargo, en este tipo de concepción la decisión final siempre está en manos del político; así, entonces, se establece un único sentido de relación y es de dirección vertical, es decir, no hay una relación de pares, de iguales.

Por detrás de este tipo de "participación", hay como una trampa, tendida por los sectores dominantes sobre los otros, en especial, los sectores sociales deprimidos, que tienen el objetivo de lograr su desmovilización e involucrarlos en su proyecto de dominación política. Así podemos comprender a Giulietta Fadda (1989), cuando dice que el concepto de participación se ha convertido en algo vano, vacío, sin contenido social ni político.

Haciendo una poco de historia, Fabio Velásquez (1989), encuentra que la participación es un concepto que en cierta forma es hijo de las teorías liberales del siglo pasado. O sea que aquí no se está inventando nada, se está manejando cosas que ya se manejaron, y que fueron promovidas por los intelectuales de la burguesía y que constituyeran un pilar fundamental para establecer la hegemonía social y política de las clases ligadas al capitalismo naciente de aquel entonces. Fabio Velásquez añade enseguida que la participación también fue entendida, en los años 60, como la incorporación de las masas marginales de la sociedad mediante programas de promoción popular, concepción que estuvo ligada a las teorías de la marginalidad. Donde se incorporaba a los sectores sociales, para lograr el control y el alivio de las tensiones sociales, lo cual contribuyó al consenso y a la legitimidad del orden establecido.

Bajo estas concepciones o usos de la participación, como un instrumento para ahogar las tensiones sociales y desmovilizar a la población, es también entendible y justificable la oposición de algunos sectores sociales, por el manejo que de ella se ha hecho.

Ahora bien, dejando a un lado la historia, la participación puede ser inducida cuando tiende a descargar el peso de la crisis en los sectores de bajos ingresos. En esta concepción, la participación en proyectos que los benefician suponen un aporte financiero de trabajo o materiales. En el fondo, este tipo de participación sirve para que algunos sectores de la sociedad se constituyan como peones de la construcción de la ciudad. Si nos fijamos en muchas ciudades de Bolivia, es en las zonas más deprimidas y más carenciadas, donde precisamente se exige la participación ciudadana. Así los que tienen menos recursos económicos deben aportar extraordinariamente para lograr mejorar su barrio y no así en los centros urbanos consolidados, donde también existen ciudadanos, pero privilegiados, que no realizan estos aportes extras.

Así entendida la participación no llega a sorprendernos, entonces, el porqué de su rechazo o de la oposición y por qué también hay quienes quieren estimularla. No obstante, es posible pensar, y de hecho existen varios autores que lo ha hecho, en colocar el término de la participación para derivar en prácticas muy diferentes. Así, Fabio Velásquez sostiene que:

*"... la participación ciudadana puede ser entendida como el proceso social en el que distintas fuerzas sociales en función de sus respectivos intereses sean de clase, de género, de generación, etc., intervienen directamente o por medio de sus representantes en la marcha de la vida colectiva con el fin de mantener, reformar o transformar los sistemas vigentes de organización social y política" (ibid, 1989)*

La participación así entendida y más aún, cuando hablamos de que ella es parte de la democracia participativa, implicará, a nuestro entender, transformaciones estructurales, muy grandes.

La participación, deviene entonces, un proceso social en el que intervienen y actúan distintas fuerzas en función de intereses muchas veces complejos y diversos, y cuando no, antagónicos. Es por eso que hay que entender que la participación no conduce necesariamente al consenso (como sostienen algunos de sus impulsores); aunque, como sostienen algunos otros científicos, puede ser uno de sus efectos, puesto que el sólo hecho de la confrontación de intereses puede producir rupturas ideológicas y cambios en la correlación de fuerzas sociales y

políticas. En otro orden de cosas, hay que entender que la participación pone en juego mecanismos de poder, no solamente políticos, sino de aquellas relaciones de poder dispersas y difusas que se hallan en el seno de la sociedad civil.

Entonces, una real participación será cuando se involucran mecanismos de decisión en el proceso de la gestión, la información y consulta serán niveles primarios que no facilitan el ejercicio del poder. Solamente la decisión y gestión permiten que los diferentes actores sociales se puedan convertir en constructores de su propia realidad. Una sociedad participativa, por tanto, será aquella que multiplique los espacios y los canales de intervención, que estimule los cambios, que materialice, en última instancia, las múltiples redes de poder y de acción.